

INDOEUROPEIZACIÓN EN EL PALEOLÍTICO. UNA RÉPLICA

Xaverio BALLESTER

Universidad de Valencia

Un reciente número de esta revista (XXIV, 2002) contenía un artículo firmado por Ignasi–Xavier Adiego y titulado *Indoeuropeització al paleolític? Algunes reflexions sobre la «Teoria della continuità» de Mario Alinei*, trabajo en esencia consistente en la recensión de los últimos libros dedicados por Alinei (1996, 2000) a la cuestión indoeuropea y cuya propuesta más trascendental sería la retrodatación de la fase de comunidad lingüística indoeuropea hasta el Paleolítico Superior. El artículo–recensión de Adiego es una crítica de tenor esencialmente negativo y realizada desde los postulados más rancios —o, si se prefiere, de mayor solera— de la teoría tradicional, la cual asigna al indoeuropeo una fecha no allende el 5.000 aC., es decir, una datación en época calcolítica. Desde tales postulados el autor de la recensión rechaza la, en palabras de Alinei, *Teoría de la Continuidad* o también, como algunos preferimos denominarlo, *paradigma paleolítico*, nominaciones ambas que, con las respectivas matizaciones, vienen siendo empleadas para referirse a la capital propuesta de la retrodatación de la *cuestión indoeuropea* y ello, lógicamente, con todas las importantes implicaciones, teoréticas y pragmáticas, que conlleva.

LA GRAN DISPEPSIA

En opinión de quien suscribe estas líneas, la recensión de Adiego exhibe como primera virtud la valentía de —por cuanto sé— haber sido la primera en incluir la más sincera, extensa y hasta cierto punto arriesgada defensa de la *teoría* tradicional, todo lo cual ciertamente facilita que, por fin, podamos debatir ideas casi en igualdad de condiciones entrando —sin remilgos ni cortesanos melindres— en el análisis de los postulados de ambas perspectivas, debate bien difícil en relación a aquellas otras recensiones que, aunque también desde la óptica tradicional, se limitaban a un *prietas las filas* y a descalificar sin más por *heréticos* y contratradicionales (!) los nuevos postulados. De suerte que hemos de agradecer a Adiego el que presente una recensión con al menos aporte de datos y que, como la misma obra de Alinei, permite, pues, su discusión y examen.

Segundo mérito de Adiego, cuya competencia en lenguas indoeuropeas y aspectos individuales está avalada por sólidas publicaciones y aun aquí por su excelente tratamiento de la metamorfologización del relativo en antiguo persa, es la de haber querido reconocer que «fer recular cronològicament la data en què l'indoeuropeu va existir com a llengua [...] només es pot fer prescindint dels resultats de la reconstrucció de l'indoeuropeu [...] perquè l'indoeuropeu que ell imagina no té res a veure amb la reconstrucció fonològica, morfològica i lèxica que els indoeuropeïstes estan duent a terme des de fa un segle i mig» (p. 26). Una paradoja de la que, me temo, el semantista y dialectólogo Mario Alinei no sea plenamente consciente, ya que el italiano en lo fono(morfo)lógico opera regularmente con las reconstrucciones tradicionales, una vez que sus argumentos principales no son de naturaleza fonológica ni morfológica, sino de bien otro tenor, por lo que en principio y regularmente no entrarían en colisión la mayor antigüedad y el eventualmente distinto significado original del léxico reconstruido. Yo limitaría, pues, la eventual *colisión* a la morfología y sobre todo a la fonología indoeuropeas tradicionalmente propuestas, aunque Adiego —creo que muy exageradamente— supone que el indoeuropeo de Alinei «passaria per qüestionar la comparació i reconstrucció del lèxic indoeuropeu tal com s'ha dut a terme durant el darrer segle i mig» (p. 25). Notaremos aquí de nuevo esa coletilla del *siglo y medio*, la cual debe querer indicar, en todo caso, sólo un cierta dispepsia —por servirnos de una metáfora del propio autor, quien compara a «una greu dispèpsia» la retrodatación paleolítica (p. 9)— esto es, cierto malestar intelectual, ya que no parece científicamente aceptable como argumento el criticar algo por poner en cuestión una tradición de siglo y medio, *argumento* evidentemente inaceptable y que en coherencia debería, por ejemplo, conducir a esos mismos veladores de la tradición a defender la exclusión de la mujer en la Universidad o proscribir el uso de autos frente al de carretas, ya que tal ha sido la inveterada tradición europea durante siglos.

EL CASO DEL OBISPO EN GRADO PLENO

Pero antes que nada ¿cuál es esa reconstrucción que los indoeuropeístas están llevando a cabo desde hace siglo y medio? Adiego nos proporciona ejemplares tan canónicos como **h₂osth₂-* ‘hueso’, **h₂owis* ‘oveja’ o **h₂wǵh₂neh₂-* ‘lana’. Tengo algunas dudas de que el habitual lector romanista de esta ilustre revista esté en disposición de juzgar la legitimidad de tan vetustas reconstrucciones, dudas de que pueda fácilmente entender esa presentación de protomorfias «un xic impenetrable per als no iniciats» (p. 23); más bien me lo imagino como no llegando a comprender el significado último y real de valores cuales esos *h₁* y *h₂* y me lo figuro así proclive a aceptar tal jerga concediendo que los especialistas deben saber bien de qué hablan, proclive a asumir su valor demostrativo como si se tratara de una operación algebraica en el fondo totalmente cabal y banal, aunque en la forma sólo accesible a los *iniciados* indoeuropeístas. Y además ¿por qué incluso la jerga técnica de la fonología indoeuropea tendría que ser distinta a la de todas las demás? Muchos pensamos que así, por ejemplo, como el Derecho Internacional afecta a todos los pueblos, el Alfabeto Fonético Internacional debe[ría] afectar a todas las lenguas, las presentes y las pretéritas, las históricas y las prehistóricas.

Mas contra la capacidad demostrativa de esa clase de operaciones, cabe, en primer lugar, afirmar categóricamente que las lenguas no son ni álgebra, ni matemática, por la sencilla razón de que no son —o al menos no tienen por qué ser— sistemas. Quizá algunos lingüistas quieren una Lingüística de esa índole, pero, desde luego, las lenguas no son cifras ni fórmulas para los hablantes; son medios, no (necesariamente) sistemas. Históricamente esta confusión se ha erigido como un colosal problema para la *Lingüística* indoeuropea, pues la única forma de conseguir su —con toda probabilidad— ilusorio propósito de reconstruir una lengua *íntegra y sistemática*, ha sido la de suplantarse la reconstrucción de esa lengua por la de una lingüística, ejercicio de impostura y que en buena lógica sólo podía traer como consecuencia la proposición de elementos, caracteres, situaciones o cualidades para la *lengua* indoeuropea que en realidad no tienen parangón en lengua alguna conocida, es decir, la proposición de teorías lingüísticas más o menos competentes pero no la efectiva restitución de lenguas irregulares y reales, asimétricas y concretas, argilosas y materiales.

La exposición aquí de los detalles de ese ejercicio de suplantación requeriría, me temo, centenares de páginas. Intuyo que el romanista agradecerá una exposición más sucinta y sobre todo más accesible, sirviéndonos, en lo posible, de datos que le sean cercanos. Vamos a intentarlo.

Imaginemos, pues, al indoeuropeísta sesquicentenario presto a reconstruir, asterisco en mano, una forma original, imaginémoslo ante, por ejemplo, la documentación de catalán *bisbe*, español *obispo*, francés *évêque*, italiano *vescovo*, portugués *bispo* o provenzal *evesque*. Como es obvio que el significado es el mismo para toda la serie y que esta guarda alguna similitud formal, es legítimo suponer que todas las formas deriven de un prototipo común. Procedamos, pues, a reconstruir. Nótese que en la primera sílaba tenemos la alternancia: *0* – *o* – *e*. Estupendo, esto demuestra que la prelengua, llamémosla *protorrománica*, tenía para empezar tres grados vocálicos: grado *reducido* o grado *0* (*bisbe*, *vescovo*, *bispo*) y grados *plenos* o grados *o* (*obispo*) y *e* (*évêque*, *evesque*). Posibles corolarios: aquella gente disponía de una vocal de timbre alternante, digamos /e_o/, alternante también con /o/ en grado ídem, siendo uno de los timbres —digamos [e], que resultaría el más frecuente— el timbre básico. De modo que alternancias cuales, por ejemplo, catalán [dín^ow] y valenciano [dén^ew] serían también testimonios de esos mismos *grados vocálicos* y de esa misma vocal /e_o/.

Me pregunto si algún romanista aceptaría argumentaciones y conclusiones como las expuestas. Sin embargo, este tipo de análisis es típico de los indoeuropeístas *comme il faut*. Se trata, desde luego, de una parodia, pero, de intención sanamente ilustrativa y donde al menos quedará claro, espero, los quehacer y método tan singularísimos del *reconstructor* indoeuropeísta, siempre dispuesto a analizar en términos algebraicos la lengua y sus —como veremos— *juegos* de correspondencias y *sistemáticos* resultados.

EL CARÁCTER DIFERENCIAL DEL INDOEUROPEO

Llegamos así a otra conspicua característica del indoeuropeo de siglo y medio, y es que este es... diferente. Mientras las demás lenguas tienen vocales (tónicas y átonas), según la mayoría de los tradicionalistas el indoeuropeo tiene *grados* (reducido, pleno y alargado); mientras las demás tienen acento (mórico o silábico) o tono, el indoeuropeo tenía acento *musical* (lo que algunos entienden como que se canturreaba y hasta aventuran pendientes melódicas en toscos pentagramas); mientras las demás lenguas son básicamente aislantes, aglutinantes o fusivas, el indoeuropeo era *preflexional*; mientras las demás lenguas se extienden por colonización, el indoeuropeo lo hacía a fuego y espada en superinvasiones por... *oleadas*; mientras los demás grandes grupos lingüísticos se originaron en difusos territorios, los indoeuropeos procedían de un tan preciso *hogar ancestral* o, más pomposamente, *Urheimat* que ya apenas sólo nos hace falta saber su código postal...

Pero quizá el carácter *diferencial* del indoeuropeo quedaría mejor ilustrado con la exposición de los *sancta sanctorum* de su diferencialidad: las laringales. Al parecer, el indoeuropeísta de tradición sesquicentenario siempre está dispuesto a aceptar cualquier consecuencia directamente inferible de la Ley fonética, ya que su método, el Método Comparativo, está «sòlidament fonamentat en la noció de llei fonètica» (p. 7), de suerte que, aunque no tenga parangón alguno en las lenguas conocidas, el indoeuropeísta tradicional está siempre bien predisposto a adorar a la laringal, pero, ojo, no a la banal laringal conocida en algunas lenguas románicas [h], ni a su variante sonora [fi], mucho más rara. No, no se trata de estas corrientes laringales. Como el indoeuropeo es diferente, también lo son sus laringales.

Para empezar, las laringales eran y no eran una vocal, porque también eran y no eran una consonante, y eran una pero a la vez varias, tres, según algunos, nueve o muchas más según otros. El misterio de la Santísima Trinidad es más sencillo. Incluso, según algunos, llevaban *apéndice* (no sabemos cómo ni dónde), y según otros, estas pseudolaringales no causaban asimilaciones (y, por supuesto, nunca las padecían) como los fonemas de todas las demás lenguas, sino que *coloreaban*, es decir, se pronunciaban ya en tecnicolor.... Con razón se reconoce que a veces se trata de un «valor fonético no molt precisable» (p. 24). *I tant*.

Históricamente el dogma laringal ha actuado, sin embargo, a modo de severísimo bastión contra intrusos, pues ¿quién no iniciado, qué romanista, por ejemplo, osaría cuestionar protofonemas tan imponentes como unos $*H_1$, $*H_2$, $*H_3$ o impugnar reconstrucciones tan comunes en los manuales indoeuropeísticos como $*H_2^o r^o H_3 trom$ ‘arado’, $*H_2 pe H_3 w$ ‘desde’ o $*H wel H^v$ – ‘dar la vuelta’? Son necesarios muchos años de esfuerzo para aprender su funcionamiento. Quizá la eternidad para comprenderlo. Mas pese a las ya muy tempranas y continuas reacciones de autores tan respetables como Giuliano Bonfante contra estos abusos, el *laringaleo* forma parte tan consubstancial del credo indoeuropeo tradicional como el *bamboleo* del repertorio de los Gipsy Kings.

DE LA EDAD DE HIERRO A LA EDAD DE HIELO O JUGANDO A LAS CORRESPONDENCIAS

Dentro de ese marco tradicionalísimo el núcleo de la crítica de Adiego está en que la propuesta de Alinei «entra en evident conflicte amb alló que la paleontologia lingüística ha sostingut sobre els indoeuropeus» (p. 10), siendo este conflicto «l’obstacle fonamental per a la teoria paleolítica» (p. 21). Sería, pues, la Paleontología Lingüística la que en última instancia impondría un *non ultra* temporal («les limitacions cronològiques que pot imposar la paleontologia lingüística» p. 15) y, por tanto, un marco cronológico dentro del cual se habría hablado el indoeuropeo común: «El quadre que ens permet traçar la paleontologia lingüística [...] segueix apuntant a una fase comuna indoeuropea que no pot remuntar-se més enllà del calcolític o dels últims temps del neolític» (p. 25).

Sucintamente expuesta la tal Paleontología Lingüística consiste en —denominémoslo así— un *método* por el cual a partir del significado y ordenación del léxico se restituye el ecosistema y marco sociocultural de una lengua, real o reconstruida, de modo que, por citar un inocuo ejemplo, la restitución de un léxico indoeuropeo común para ‘abeto’, ‘haya’, ‘lobo’, ‘lluvia’, ‘nieve’ u ‘oso’ nos llevaría a unos entorno y paisaje muy distintos verbigracia de los de la sabana africana o las islas de Polinesia. Obvias son las numerosas matizaciones que podrían hacerse a este método y que propiciarían que, al límite, sólo fuera aplicable con innúmeras precauciones. Ya Krell (1998: 279) comentaba: «Another problem is the virtual impossibility of *precisely* identifying the original referent of a reconstructed lexical item [...] The use of so-called ‘linguistic palaeontology’ [...] rests entirely on the supposition that the *meaning* of a proto-form can be reconstructed beyond a reasonable doubt, a supposition which I argue is false». Otro de los elementos más distorsionadores de los resultados de la Paleontología Lingüística sería el hecho de que el léxico es receptáculo de formas pertenecientes a diversas épocas, ya que las lenguas —otro argumento en favor de la «Teoría de la Continuidad»— presentan un factor de inercia que hacen que por convención o tradición sigan empleándose elementos léxicos de otras eras o incluso elementos cuya motivación es ya absolutamente opaca para el hablante. Imaginemos qué idea de la sociedad española moderna podría uno extraer del análisis de elementos léxicos hoy tan comunes como *cabrón*, *cada oveja con su pareja*, *encontrar una aguja en un pajar*, *ganado*, *salario*, *sembrar cizaña*, *separar el polvo de la paja*... Otra buena prueba de la labilidad del método estaría en la cantidad de divergencias o incluso disparates que este ha sido capaz de generar. Así, con fidelidad estricta a la Paleontología Lingüística se mostró Alemany (1925)¹ cuando, aduciendo la presencia de términos comunes propios de un ecosistema muy frío, hizo provenir a los indoeuropeos nada menos que del Polo Norte (¡*brrr!*). Naturalmente y dentro de

¹ Agradezco a mi maestro el Prof. Dr. José Luis Vidal de la Universidad de Barcelona, que me haya facilitado el acceso a tan curioso documento, leído como discurso por su autor con motivo del ingreso en la Real Academia de la Historia.

aquella ya entonces inveterada tradición, Alemany no osó rebasar el «horitzó inviolable per qualsevol datació de l'indoeuropeo» (p. 15), esa «data màgica del 5.000 a.C.» (p. 9), de modo que ni se le pasó por la cabeza plantearse que el *invernal* común léxico indoeuropeo podía referirse no a poco antes de la Edad de Hierro, como entonces muchos pensaban, sino a la época que más persistentemente nuestra especie ha conocido, la época glacial, la Edad de Hielo.

Pero dando, aunque de manera provisional, por orientativamente bueno y con todas las cautelas el método de la Paleontología Lingüística, lo que parece inaceptable es que el recensionador argumente que el Paradigma Paleolítico no se compadece con los resultados de la Paleontología Lingüística, cuando precisamente se compadece bastante bien, y al mismo tiempo omita que la Paleontología Lingüística es precisamente incompatible con la doctrina tradicional, según la cual belicosos guerreros procedentes de las estepas ucranianas habrían extendido su lengua (*el* indoeuropeo) por media Eurasia; es la denominada *teoría curgánica*, así llamada por la conspicua característica arqueológica de sus *kurgany* o 'túmulos'. Baste al respecto citar otra vez el trabajo de Krell (1998), donde precisamente se muestra que flora y fauna arqueológicamente documentadas en los *indoeuropeísimos* curganes de Ucrania no coinciden, más que muy parcialmente, con la flora y fauna reconstruidas para el *hogar ancestral* por los tradicionalistas. Ello por no aducir —lo que podría ser recriminado como una petición de principio— las pruebas aportadas por Alinei (2000b: 35–9) y favorables a la identificación de la cultura curgánica con pueblos no precisamente indoeuropeos, sino altaicos, probablemente túrcicos.

Junto a la Paleontología Lingüística la otra premisa clave en las *pruebas* de Adiego la constituyen «els jocs de correspondències regulars en què es basa tota afinitat genètica» (p. 18). Así, por ejemplo, el autor argumenta (p. 22s) que la patrimonialidad de **h₂owis* 'oveja' estaría garantizada porque los resultados del segmento inicial —esto es, **h₂o^{-ə}* (*sic*)— se corresponden con los que encontramos para 'hueso' **h₂osth₂-*. Se notará que esa supuesta regularidad sería, en todo caso, mucho más fácil de detectar (o forzar) en un período muy breve que en un período muy amplio. Por otra parte, ya no incidiremos más en el dichoso *h₂* (ni en ese novedoso ^a) y nos fijaremos ahora en ese nuevo argumento de regularidad en el «joc [*sic*] de correspondències» (p. 22, 23, 24).

Pues bien, como el propio autor reconoce, «és també cert, com argumenta Alinei, que els préstecs pateixen processos d'adaptació a les llengües» (p. 25). Si no fuera así, podríamos hablar de una lengua indoeuropea (o aún mayor) sólo a partir del Renacimiento dadas las correspondencias *sistemáticas* en muchas lenguas para 'café', 'tabaco' o 'jaguar', así español con [x–] frente a [ʒ–] en francés *jaguar* o italiano *giaguaro*, casi como *joven* frente a *jeune* y *giovane*. Según esto, por ejemplo, muchos zoónimos —como lo es el término para 'oveja'— de procedencia foránea pasarían por patrimoniales en la Romania por corresponderse regularmente (con [x–] – [ʒ–]) y no ser detectables elementos fonomorfológicos foráneos como *jineta* – *genette* o *jirafa* – *girafe* – *giraffa*. Según esto las formas españolas *cliché* o *budín* serían tan patrimoniales como las respectivas francesa *cliché* e inglesa *pudding* por las correspondencias /tʃ/ – /ʃ/ y /b/ – /p/. Según esto *tope* sería español *de toda la vida*, pero *top*, en cambio, una forma adoptada. Me temo además que la foraneidad de una forma pueda ser mucho más indetectable —y a menudo menos severa— en lenguas sin escrituras y donde, en consecuencia, todo el proceso de copia se hizo de modo puramente oral, de modo que no habría ocasión para detectables distorsiones gráficas del tipo *Sarajevo* con /x/ en vez de [j], *Zelanda* con /θ/ en vez de [z], o *club* con /u/ en vez de los más afines y también patrimoniales /a/ o /e/. Exigiendo tanta regularidad ¿lograría detectarse que *bisbe* u *obispo* proceden en última instancia de un término griego y que, por lo tanto, debe ser considerada forma no patrimonial por los tradicionalistas? ¿o más bien nos quedaríamos en la postulación de un **h₂e/obh₂e^əsk^w-* o algo así? Si las copias —máxime las copias añejas— también se patrimonializan o acaban patrimonializándose, corolario de ello sería la norma de que a mayor tiempo transcurrido, mayores posibilidades de patrimonialización. Ya Alinei (1996: 279): «l'allungamento della cronologia porta i processi diffusionistici tanto in alto da renderli nuovamente genetici». Pero se sabrá que otra señora *diferencialidad* del indoeuropeo tradicionalmente reconstruido la constituye el hecho de que sería la única lengua conocida sin copia alguna, de suerte que la lengua de estos *arios* —otro término tradicional— sería la única lengua verdaderamente pura, verdaderamente inmaculada que habría existido.

Con todo, me temo también que la regularidad de esas correspondencias sea bastante relativa. Por ejemplo, a propósito de la secuencia de líquida silábica más una de las ubicuas laringales en *h₂w^hneh₂-* se nos dice que conforma un grupo, el cual «produeix resultats molt diferents però sistemàtics, a cada llengua» (p. 24). Pero para empezar, según el propio Adiego, aquella reconstrucción «explica directament gairebé tots els exemples citats» (p. 23) y se nos anota (p. 23 n. 11) que en resultados célticos y helénicos encontraríamos «petites variacions [...] que no són rellevants». Aun luego (p. 24) se nos dice que las razones del resultado no han sido bien establecidas en algún caso (antiguo eslavo), mientras que para otros *juegos* de correspondencias se nos anota (p. 24 n. 13) que una de las formas (latín: **pleh₁-*)

procedería de un *grado* diferente ¿Sistematismo? El juego lo vemos ¿pero qué fue de las correspondencias?

Al respecto habría aquí también que hacer notar la palmaria circularidad de las argumentaciones, así «El mot reconstruït per a ‘ovella’ és plenament solidari amb la resta de mots reconstruïts [...] De fet, és reconstruït *perquè* és solidari: la reconstrucció és conseqüència, no ho oblidem, de l’establiment de correspondències regulars entre fonemes de diferents llengües emparentades» (p. 23). Esa misma circularidad hace que, pese a su evidente afinidad, el autor simplemente elimine la posibilidad de relacionar con el grupo léxico de **h₂osth₂* ‘hueso’ la forma latina *costa* ‘costilla’ o la del antiguo eslavo *kostĭ* ‘hueso’ porque no presentan resultados... sistemáticos, como tampoco las presentarían, por ejemplo, un *episcopal* frente a *obispo* y demás familia, o cualquiera de los apellidos *Benedicto*, *Benedito*, *Beneyto*, *Benito* y hasta *Benet* respecto a cualquier otro de la serie. A buen seguro la cuasiplurisecular tradición indoeuropeísta procedería a proponer su origen en un *préstamo* para formas cuales catalán *gener*, español *enero*, francés *Janvier*, italiano *gennaio*, retorromance *Schner*, rumano *ianuarie*, portugués *Janeiro* o sardo logudorés *bennarzu* ¡Como los resultados no son sistemáticos...!

YENDO [A] POR LANA

En aquel empleo de la Paleontología Lingüística como fiable método para la verificación de hipótesis y sentada la premisa de la existencia de correspondencias con resultados regulares, prueba concreta aducida por Adiego contra la datación paleolítica la constituye el término indoeuropeo ‘lana’. Confesaré que la exposición me resulta oscura y forzado el argumento que relacionaría la indoeuropeidad de la voz con la conclusión de que «la teoria paleolítica és totalment incompatible amb els resultats obtinguts en la reconstrucció del protolèxic mitjançant la comparació de les llengües indoeuropees» (p. 25). Con todo, al menos es fácil ver que Adiego concede gran importancia en su argumentación al detalle de que la lana «va començar a ser utilitzat, pel que sembla, en dates no molt anteriors al 4.000 aC. quan es va disposar d’ovelles domesticades amb llana abundant» (p. 23). Bastarán aquí estas puntualizaciones.

Es hecho perfectamente constatable que las dataciones prohistóricas de esta naturaleza suelen tener un carácter provisoriamente mínimo y hay que tomarlas con grandes cautelas. Durante lo últimos siglos, especialmente a partir de Charles Darwin, hemos asistido a retrodataciones de la *primera vez* con muchísima frecuencia. A título de inventario y si se permiten algunos ejemplos maliciosos, se dirá que la datación de la *cohabitación* de hombre y perro (para evitar el anacrónico término *domesticación*) pudo producirse, según estudios recientes, más de 100.000 años antes de lo tradicionalmente propuesto (Cavazza 2001: 148), también parece ahora haber quedado demostrado que el conocimiento humano de la navegación fue muy, muy anterior a, por ejemplo, los calafates fenicios de la Edad de Bronce. Siempre conviene tener presente —y sobre todo en aquellos casos de testimonios escasos o fragmentarios— que la documentación (hasta la fecha) conservada más antigua no tiene que representar necesariamente la documentación más antigua sin más. Y, por cierto, que en el caso de una materia tan perecedera como la lana, no es previsible encontrar fácilmente ni muy antiguos ni muy abundantes restos, así «En la Península Ibérica no se ha conservado [...] resto alguno de materia prima que demuestre que, efectivamente, su empleo fue algo común tanto en las épocas más lejanas como en fechas posteriores. Lógicamente, esto no significa en absoluto que no se trabajara la lana con fines textiles durante el largo período que nos ocupa» (Alfaro 1984: 23). Si hubiera que juzgar sólo por registros arqueológicos, habría que concluir que en la ovinísima Celtiberia romana de Marcial se desconocía totalmente el uso de la lana. Como tantas veces ha sido el caso, siempre es posible que un nuevo hallazgo *envejezca* considerablemente las fechas de tal o cual acontecer. Apenas recuerdo dos casos significativos en los que, contra la general norma, las fechas se han visto notablemente rejuvenecidas. Una ha sido la del *divorcio* entre homínidos y chimpancés, separación que decenios atrás se imaginaba hace unos 15 millones de años y que, con mucha más seguridad, hoy podemos situar hace unos 6 millones de años. También habría que quitarle algunos añitos al argumento del *Tiovivo*, componente oficial de la doctrina indoeuropea y que «caracterizava els indoeuropeus com un poble bel·licós, superior militarmente a altres gràcies a la domesticació del cavall» (p. 8) lo que habría permitido a este lingüicida «poble guerrer [...] coneixedor del cavall» (p. 8) difundir su indoeuropeo por continente y medio a lomos de tan veloz corcel. Pues bien, a tales desfiles ecuestres habría que rebañarles al menos 4.000 años, ya que abundantes testimonios en el mundo indoeuropeo (léase verbigracia Homero) muestran que el caballo sólo comenzó a utilizarse como arma militar con el inicio del I milenio aC. , una vez que antes de esa fecha «horse riding is exceptional, and never occurs in fighting» (Zimmer 1990: 317), «horse riding for military purposes came to Europe only after the introduction of the horse and chariot, not long before 1000 BC» (Renfrew 1998: 187). El dato era ya conocido desde los tiempos de Forde (1995: 473), quien recordaba que en el antiguo Oriente y durante mucho tiempo fue más apreciado el caballo como fuerza de tracción para carros que como

montura, de modo que la equitación y consecuentemente la caballería bélica no tuvieron apenas importancia hasta bastante tarde, en época asiria, siendo introducido tal uso en Europa sólo en la Edad del Bronce, poco antes del 1.000; el mismo autor lamentaba además que no se prestara «la debida atención al hecho de que esta utilización restringida del caballo [...] prosiguió durante un larguísimo período en la Europa occidental». La invasión indoeuropea, la madre de todas las invasiones, muy poco, pues, pudo deber a *séptimos* de caballería; quizá —conjeturemos— más debiera relacionarse con su intangibilidad, pues hubo de tratarse de una invasión invisible o al menos bastante evasiva a los empíricos registros arqueológicos ya que, al menos hasta el presente (aunque *sólo* se ha buscado durante siglo y medio), no se ha encontrado la más mínima evidencia de tamañas superinvasiones. En suma, en casos como también este de la ‘lana’ donde el registro arqueológico es por norma escaso, no puede aceptarse con seguridad que el testimonio más antiguo conservado refleje exactamente el momento en el que el fenómeno emerge.

Además, la aparición de una innovación tecnológica, como supuestamente sería la lana como producto *abundante*, invita siempre a considerar, como Adiego sabe reconocer, la posibilidad de una copia lingüística, fenómeno este, por cierto, totalmente marginal y secundario para la Lingüística Indoeuropea tradicional, la cual además, contra toda la evidencia —entonces y aún más hoy— disponible, apenas reconocía otra copia que la léxica. Pero la copia (que los tradicionalistas siguen denominando *préstamo*, como si las lenguas fueran cajas de ahorro y no entidades a las que, por fortuna, no hay que rendir cuenta alguna) no siempre sirve para indicar la datación del referente. Ciertamente nadie hablaba hace unos años de *deuvedés*, pero que algunos digan ahora *show* no significa que en época de nuestros abuelos no hubiera funciones teatrales o gloriosos espectáculos de vicetiples. De otra forma cabría sostener que sólo gracias al contacto con los pueblos túrcicos los húngaros habrían *descubierto* la existencia de entidades o nociones cuales ‘barba’, ‘causa’, ‘estómago’, ‘fruta’, ‘número’, ‘perdonar’, ‘silla’, ‘tarde, sur’, ‘tiempo’, ‘viento’ y muchos otros más (*vide* Abondolo 1990: 197s). Un estricto secuaz de la Paleontología Lingüística describiría a los primitivos magiares como implacables matutinos imberbes. Y sin intestinos. En suma, en el caso de que el término para ‘lana’ fuera una copia, endoindoeuropea o exoindoeuropea, no podríamos estar seguros de la datación de la noción.

Asimismo en toda esta argumentación se omite clamorosamente el importante papel desempeñado por la metasemia y en concreto por la metonimia en la evolución lingüística, un papel —hoy sabemos— más céntrico precisamente para el léxico que para la morfología, que es terreno más abonado para la metáfora (Moreno 1998). Ya a propósito de la *oficial* doctrina curgánica de Marija Gimbutyté, comentaba Krell (1998: 272): «A further problem with Gimbutas’ literal use of the proto-vocabulary is that it leaves no room for possible, and even probable, but unrecoverable semantic shifts». Muchos de nosotros seguimos nominando *coche* (una copia en última instancia de un topónimo húngaro *Kocsi* y por otra metonimia) a algo que ya no se mueve por tracción de rocines ni borricos, *nevera* a lo que técnicamente es un frigorífico sin nieve alguna, o incluso *correo* electrónico a algo que ya nada tiene que ver con ‘correr’, como tampoco tenía precisamente mucho que ver con ‘correr’ el pausado andar de algunos carteros... Ahora bien, ya que esos tres ejemplos representan innovaciones tecnológicas del s. XX ¿habrá que concluir que los términos no existían en el siglo XIX? ¿concluir, por ejemplo, que no hubo ni *correo* ni ‘correo’ antes de los recientes *emilios* o *imeiles*? Se nos permitirá aún un malévolo ejemplo. Originalmente la Lingüística Indoeuropea situó la lengua *madre*² en la Edad de Bronce. El coherente argumento de Paleontología Lingüística era el siguiente: es así que la palabra para ‘bronce’ es común a distantes lenguas indoeuropeas (gótico *aiz*; latín *aes*; sánscrito *ayas*...) y la palabra para ‘hierro’ no lo es (gótico *eisarn*; latín *ferrum*; sánscrito *ayas*...), *ergo* las lenguas *hijuelas* indoeuropeas aún no se habían separado de la lengua *mamá* en la Edad del Bronce pero sí en la Edad de Hierro (I milenio). La datación *broncínea* de lo indoeuropeo se abandonó tan pronto como quedó acreditada la existencia de varias lenguas indoeuropeas y ya claramente autónomas en el II milenio aC., es decir, en plena Edad de Bronce. El empleo —mucho menos parsimonioso que en el caso indoeuropeo— de la ubicua metasemia en el devenir de otros grupos lingüísticos ha propiciado, sin embargo, que se solventen paradojas tan considerables como la presencia de un término común y verosímilmente patrimonial para ‘hierro’ en un grupo lingüístico, como el austronésico, cuya fase de comunidad debió de preceder en al menos varios milenios al conocimiento —arqueológicamente documentado— de la metalurgia y fundición de este metal. Así puede Blust (1999: 136; cfr. también Blench/Spriggs 1999: 23) explicar convincentemente la aparente contradicción como una natural transferencia del hierro meteórico al hierro telúrico. Ya Eliade (1978: 21) señalaba que «Primitive peoples worked with meteoric iron for a long time before learning how to use ferrous ores» indicando tempranos ejemplos de la Creta minoica o de época hitita (1978: 23).

² Dicho así para utilizar una imagen tan sesquicentaria y del gusto del recensionador («Enfront la visió tradicional basada en el símil genealògic, amb una llengua ‘mare’ i unes llengües ‘filles’ que deriven d’aquella» p. 13).

Como analogía podría aducirse también el caso de los esquimales de Groenlandia septentrional, quienes fabricaban hojas de cuchillo con pedazos de hierro meteórico (Weyer 1972: 53). En suma, nada nos asegura que el término para ‘lana’ no sea el resultado de una banal metonimia.

Y aun: pásmanos lo que sólo en un máximo de 4.000 años o poco más habría cambiado el nombre del producto tecnológico para la «lana abundante», ya que de una raíz $*h_2wǵh_1neh_2-$ (*sic*) se habría pasado a, por ejemplo, *gloan* en bretón, *wulla* en gótico, *lana* en latín o *vilna* en lituano. Ya comentábamos que la *megalaríngal* indoeuropea lo es todo. No dudo, desde luego, que todas las formas citadas tengan una base común, patrimonial o foránea (una dicotomía, como veíamos, poco vivaz en las lenguas y que el tiempo se ocupa pronto de limar), lo que dudo es que tenga que aceptarse una forma como $*h_2wǵh_1neh_2-$ y no, por ejemplo, como $*uilana-$ ¿Cuál es la diferencia? Aparte de la que salta a la vista, claro, la diferencia esencial es el tiempo. La primera permite, incluso auspicia el atajo y la trampa. La segunda no. Desde un $*h_2wǵh_1neh_2-$ puedo pasar directamente en cinco mil, en mil o en cinco años a *lana* y a *vilna*. Desde un $*uilana-$ tengo que ser más paciente... y más preciso. Así, la posición de salida del tradicionalista se nos antoja ventajista y similar a la de aquel jugador de póquer para el que casi la mitad de cartas fueran comodines. Con tales *manos* parece muchísimo más fácil hacer escaleras de color, más fácil hacer cuadrar toda reconstrucción para después hablar con satisfacción de «resultats molt diferents, però sistemàtics» (p. 24), más fácil, en suma, *escaquearse* al requisito más severo de la arqueoglotología: el tiempo. Entiendo que, exigiendo regularidad de resultados, hasta un *bisbe – obispo – vescovo...* caben muchos menos atajos desde un *episcopus* que desde un $*h_2e/obh_2e^y sk^w-$. Quizá lo que sea un *deus ex machina*, sea postular reconstrucciones como $*h_2wǵh_1neh_2-$ y no, como injustamente se reprocha (p. 14) al recensionado a propósito de las referencias al substrato, el empleo del contacto lingüístico, fenómeno comunísimo y que además Alinei intenta documentar en todos los casos, séase aun con datos arqueológicos para épocas prehistóricas. Para mí hay incluso en la expresión cierto sabor pleonástico, pues ¿qué es en el fondo la lengua sino precisamente eso: contacto?

Por último, el trabajo de pieles —y la lana es básicamente una piel— resulta ser una actividad muy característica de los pueblos cazadores y recolectores. Los pueblos indígenas de la Columbia Británica cazaban literalmente la cabra salvaje con el propósito de utilizar la lana, la cual incluso hilaban (Forde 1995: 102). Resultaría bastante sorprendente que a los cazadores paleolíticos europeos, maestros del desuello y auténticos *Armanis* en el arte de confeccionar vestidos con pieles para protegerse de las frías temperaturas, no se les hubiera ocurrido utilizar la cálida, cómoda y liviana lana. En definitiva y francamente, creo que se alzan suficientes dudas como para suponer sin más que una ‘lana’ patrimonial e indoeuropea sea un argumento tan decisivo como para dejar toda la propuesta de Alinei intonsa y trasquilada.

EL CASO DE LA OVEJA AÑEJA

Segunda prueba concreta aducida por Adiego contra la datación paleolítica de lo indoeuropeo es el término para ‘oveja’. Dando por sentado que $*h_2owis$ sea una forma patrimonial, substancialmente Adiego nos dice que, puesto que la domesticación de la oveja (y su lana) son innovaciones conocidas en Europa en el IV milenio aC. y puesto que la palabra para ‘oveja’ es prácticamente panindoeuropea, hay que concluir que la lengua indoeuropea se forja en ese mismo milenio, pues no existiendo tales innovaciones antes de esa fecha (y excluyendo la difusión léxica, porque los indoeuropeos, ya vimos, no eran *copiones*) ¿cómo iban si no aquellos atléticos pastores *ucranianos* a conocer la palabra? Adiego sitúa la domesticación de la oveja (más habitual) hacia el 8.000 aC. y en el Próximo Oriente (p. 22).

Según este mismo razonamiento si la domesticación de la oveja se hubiera producido en época, por ejemplo, paleolítica, habría que concluir, por tanto, que la lengua indoeuropea se forjó en esta era; de modo que, para ser consecuente con su propio razonamiento, en tal caso el mismo Adiego debería dar por buena la demostración y por zanjado el asunto, tal como pretende hacer él con las dos mil páginas de Alinei. Pues bien, esto es lo que debería hacer, ya que la domesticación de la oveja se produjo, desde luego, en época paleolítica y probablemente ya también en Europa.

Comenzaremos alegando un testimonio tan poco sospechoso de *herejía* como el de Eric P. Hamp³,

³ Autor de un rígido *catecismo* antinostracista y apologeta del tradicional modelo de *árbol genealógico* para las lenguas (1998). Personalmente recuerdo haberlo visto intentando desautorizar toda la masiva documentación sobre la paleohidronimia hispánica presentada por Francisco Villar, cuando en 1999 este ofreció un primer avance (2001) de los datos que después se materializarían en un volumen de casi 500 páginas (2000). Hamp (2001: 282) se mostró entonces escéptico aduciendo la necesidad de presentar *leyes*, e invocando como analogías desde Pitágoras y Occam hasta Newton y Verner. En esa tradición conceptual no puede resultar extraño que Adiego hable de «llei fonètica com a expressió de la regularitat absoluta dels processos evolutius dels sons» (p. 11). Pero ya el mismo Tovar (1997: 229) advertía: «la supuesta regularidad en el cambio, que muchos sostienen, es una *petitio principii*». El caso

conocido indoeuropeísta y riguroso guardián de la ortodoxia, quien escribe (1990: 211): «The sheep was in some measure (as was also the goat) domesticated about 11000 years ago. This is a date well before our assured reconstruction of Indo-European, or Indo-Hittite, and almost surely before the earliest level to which our internal reconstructions of PIE [A1][...] would lead us».

El hecho es que (siempre como fecha mínima) hace ya unos 15.000 años —en época paleolítica, pues— los cazadores-recolectores del Oriente Medio ejercían un gran dominio sobre la fauna salvaje de su entorno, pudiéndose cómodamente inferir que «durante varios miles de años con anterioridad a su actual domesticación, especies tales como la oveja y la cabra salvaje ocasionalmente se encerraron en corrales, se condujeron en rebaños e incluso fueron alimentados por el hombre» (Harris 1998: 250).

En una zona de indoeuropeización tan tardía según los tradicionalistas como el Mediterráneo occidental, habría con seguridad ovejas domésticas en las culturas mesolíticas al menos para el 6.000 aC., concretamente en la Península Ibérica podría haber evidencias de la presencia de la oveja doméstica para el 8.000 (Hernando 1999: 64s), esto teniendo siempre en cuenta que a causa de inconscientes prejuicios pueden no haberse percibido otras muchas evidencias, pues «lo que no se busca, no se encuentra [...] la investigación paleobotánica y paleofaunística de yacimientos epipaleolíticos en la Península Ibérica es notoria por su casi inexistencia, resultando incluso la correspondiente al Neolítico verdaderamente escasa» (Hernando 1999: 64). En yacimientos ya del V milenio como la Cova de l'Or (Alicante) el porcentaje de ovejas es altísimo y hay indicios indirectos del aprovechamiento de su lana (Alfaro 1984: 23s). Los caballos curgánicos debieron atravesar Europa con la celeridad de un misil para introducir sus **h₂owis* y sus **h₂w_hneh₂*— en las *anindoeuropeas* tierras valencianas un milenio antes que en sus propias e indoeuropeísimas tierras ucranianas.

Por si fuera poco, habría que seguir insistiendo en el importante argumento de la metonimia y por la cual la oveja doméstica bien podría seguir llamándose como la oveja salvaje. En realidad y a tenor de todas las analogías que cabría señalar (avestruz, cabra, camello, conejo, elefante...), sería, en todo caso, la discontinuidad en el término lo que debería probarse. Salvo tal vez para criadores u otros especialistas lo esperable es que, una vez domesticados, los pavos sigan denominándose *pavos* y aun máxime cuando no quede ni uno solo selvático o salvaje. En todo caso, es evidente que la fecha de domesticación de la oveja no tiene por qué ser la misma que la fecha de la oveja sin más.

En esa misma línea no puede aceptarse que los pueblos cazadores-recolectores desconocieran la oveja (y su nombre) por el hecho de que para ellos no era una especie doméstica. Valga de nuevo la analogía de los pueblos pescadores de la Columbia Británica, quienes cazaban la oveja (como también el ciervo o el alce) siendo —otra vez (!)— la lana uno de sus objetivos preferentes y muy por encima de la carne, por la que no sentían especial aprecio (Forde 1995: 97).

Por otra parte, tampoco se entiende que este «poble guerrer, dedicat al pasturatge» (p. 8) y «més pastor que no pas agricultor» (p. 8) presentara un léxico pastoril tan magro, ya que términos tan prácticos en la ganadería como 'borrego', 'carnero' o 'cordero', por mantenernos dentro del mundo ovino, son claramente ya cosa de los respectivos subgrupos indoeuropeos individuales. En esa misma línea de inexplicable ausencia de términos comunes tampoco se entiende que, por ejemplo, los términos para alfarería y cerámica —estas sí innovaciones típicamente neolíticas— sean asimismo cosa de los respectivos subgrupos individuales.

Puesto el autor a escoger un sólo término, podría haber elegido algún otro; en el marco donde nos movemos, hubiera resultado, a mi juicio, muy ilustrativo el de 'piedra'. Así, si para la evidente relación en vascuence entre *aitz* 'piedra' y *aitzur* 'azada', *aizkora* 'hacha', *aizto* 'cuchillo', *azkon* 'flecha' o *zukulaitz* 'cincel' (Caro 1981: 126), no hay inconveniente en aceptar que pueda remitirnos a una época anterior al Neolítico, ante la confrontación de formas indoeuropeas relacionadas como armenio *aseh* 'aguja', antiguo eslavo *kamy* 'piedra', griego ἀκμή 'punta, corte', ἄκμων 'yunque', hitita *aku-* 'piedra', antiguo indio *aśāniḥ* 'punta de flecha', latín *acumen* 'punta', *acus* 'aguja', lituano *akmuo* 'piedra', persa *ās* 'piedra de molino, muela' ¿no deberíamos...? Ya un *sprejudicato* Buck (1988: 50s) escribía: «The inherited word [...] is from a root of words for 'sharp, pointed'; and this seems to reflect what was one of the most conspicuous uses of stone in early times, namely as material for tools and weapons».

HORIZONTES CERCANOS

es que la innegable presencia de indoeuropeos en la antigua *Hispania* sigue constituyendo una especie de mosca importunera para los tradicionalistas, quienes no pueden ofrecer otra explicación que las consabidas *oleadas* de invasiones. Mas cuando los ríos suenan...

Me temo que en general Adiego no haya comprendido que el verdadero debate esté más lejos de la cantidad de la *-u-* en *ruma* (p. 14) que del devenir lingüístico de la humanidad. Es posible que en algún caso o detalle particular los análisis de Alinei estén errados, es seguro que en muchos casos o detalles particulares los análisis de Adiego o Hamp sean correctos, mas aquí hablamos del bosque, no de la semilla de la flor de la hoja del brote de la rama del tronco del árbol del bosque. Pero incluso entrando en detalles, habría también, en fin, otros muchos puntos del artículo–recensión sobre los que tendría que manifestar mi desacuerdo, inevitablemente me limitaré aquí a unos pocos.

Frente al tradicional *autismo* de la Lingüística Indoeuropea, precisamente uno de los grandes atractivos de la Teoría de la Continuidad es que se inserta en el devenir lingüístico de la humanidad, alcanzando lógicamente a la propia Filología Románica, y alcanzándola además de modo importante, ya que Alinei recupera la época prerromana para los estudios románicos. Pese a la reciente publicación de un artículo de Alinei (2001b) en esta misma revista al respecto, la recensión para nada trata las implicaciones de sus propuestas para las filologías modernas y en concreto para la Románica, lo que sin duda habría sido más fácil de *digerir* y evaluar por el lector habitual de esta publicación.

Abundando en esa línea, tampoco me parece objetivo el tratamiento de las relaciones del grupo indoeuropeo con otros grupos, estudios que para Adiego son poco menos que especulaciones⁴, todo ello dentro de un escepticismo que el recensionador, naturalmente, extiende hasta los estudios sobre glotogonía⁵. Puesto que Adiego parece sensible al principio de autoridad («Autors com Martinet, Meid, Villar o Adrados, entre d'altres, han donat per bona aquesta equació» p. 8), diré que no creo que estas afirmaciones sean del agrado de gente tan contundentemente empírica como los miembros del equipo de Atapuerca que han venido mostrando notable interés por estas cuestiones o de autores, por citar sólo algunos y recientes, como Bickerton (1994, 1996), Lieberman (1991, 1998) o Rondal (2000). No creo que puedan considerarse —y menos por un afecto a las tradiciones— muy poco maduras o todavía en fase muy inicial tradiciones de ya más de medio siglo y que han conocido un auge extraordinario en los últimos años (sólo a título de inventario: Bomhard 1984; Jablonski/Aiello 1998; Salmons/Joseph 1998; Renfrew/Nettle 1999...). No creo que objetivamente puedan considerarse propuestas de modelos puramente hipotéticos disciplinas cuyo estudio, por ejemplo, es objeto de ayudas especiales por la Comunidad Europea y de una manera tan acorde a los postulados y líneas de investigación de Alinei que el contenido de algunas de las más recientes convocatorias de ayudas parecía extraído de los índices de sus libros, lo que propició el oportuno comentario de este (2001a). No creo que puedan considerarse propuestas de modelos puramente hipotéticos materias en las que han trabajado durante años lingüistas tan eminentes como Joseph Harold Greenberg (cuyo II tomo de *Indo-European and its closest relatives. The Eurasiatic Language Family* apareció ya póstumamente) y a quien la tan oficial y bien arropada revista *Linguistic Typology* (6–1, 2002) acaba de rendir un homenaje dedicándole un buen número de páginas (3–47). Quizá a algunos resulten polémicos este tipo de estudios, seguro que a muchos no gustarán, pero no creo que pueda ponerse en duda ni su continuidad ni su seriedad.

En ese mismo contexto, resulta obviamente ingenua la afirmación de que «qualsevol datació posterior de la fase comuna indoeuropea és igualment compatible amb aquestes possibles connexions entre grans famílies lingüístiques d'Europa i Àsia» (p. 19), pues en toda evidencia resultaría muchísimo más difícil explicar una eventual relación entre lenguas indoeuropeas y, por ejemplo, lenguas túrcicas o aún por contactos anteriores al 45.000 aC. que a partir del 5.000 aC. (!). Arqueológica, genética y antropológicamente hay posibilidades de lo primero, pero no hay la más mínima evidencia de la segunda hipótesis; suponer tal cosa eso sí que puede ser una «manipulació de la imaginació» (p. 16).

Con todo, estimo que quizá la mayor crítica que pueda hacerse a la recensión de Adiego es que a veces las ideas del reseñado no han sido comprendidas por el reseñador, manifestando este evidentes lagunas sobre aspectos antropológicos y paleontológicos, tantas y tan importantes que, en mi opinión, le impiden a veces comprender el texto examinado y le llevan a criticar cosas en realidad nunca afirmadas por Alinei. Una prueba objetiva de ello podrían ser las confusiones —en miles de milenios (!)— de fechas; así, confunde el Paleolítico Medio («la primera població d'Europa per part de la nostra espècie en el Paleolític Mitjà» p. 9) con el Paleolítico Superior, cuando ya hace muchos años que hay acuerdo en que Europa no fue poblada por nuestra especie antes de hace unos 45.000 años. Ciertamente la flexible propuesta bipolar de Alinei respecto al origen de las lenguas y del habla en general puede inducir a la

⁴ «àmbits d'investigació altament especulatiu que desperten escepticisme, si no refús [...] per l'excessiva fragilitat de les hipòtesis» (p. 17); «es tracta encara d'una línia de recerca molt poc madura» (p. 18); «encara en una fase molt inicial i sense perspectives clares d'èxit» (p. 19).

⁵ «no passa de ser un suggerent concurs de propostes de models purament hipotètics» (p. 17), «la fragilitat de les especulacions glotogòniques» (p. 19).

confusión, pues en muchos lugares de su obra se exponen secuencialmente las dos posibilidades, sin embargo, cabe retener como más substancial la afirmación de que «alla fine del Paleolítico Superiore i gruppi linguistici e i linguemi europei erano già nettamente separati, en el Mesolítico e Neolítico erano anche insediati nelle loro sedi storiche» (1996: 731), siendo obviamente más debatible y más difícil de asegurar cuándo comenzó a conformarse el grupo indoeuropeo. En cualquier caso, parece que el recensionador no llegue a comprender la diferencia entre la *Teoría Breve y Larga* de Alinei y que nada tienen que ver directamente con el indoeuropeo, por lo que su afirmación de que la «data per a la distribució del prototoindoeuropeu per tota Europa [...] podria àdhuc elevar-se fins a 500.000 anys» (p. 9) mezcla referencias a las lenguas indoeuropeas y a las lenguas, a nuestra especie y a los homínidos en general. En realidad, la alternativa entre la *Teoría Larga* y *Teoría Breve* de Alinei concierne al *homo loquens* sin más, y tal prudencia está además plenamente justificada, ya que la cuestión de cuándo y cómo el *homo* —y cuál o cuáles— deviene *loquens* es aún muy debatida. Alinei sólo admite que pueda hablarse de grupos indoeuropeos ya reconocibles *con* el Neolítico y precisamente como (con)causa y consecuencia de este proceso, pero el recensionador afirma que «per a Mario Alinei, les llengües indoeuropees són a Europa, cadascuna al seu indret actual, des del Paleolític» (p. 9), pero ¿cómo podrían estarlo en una Europa glacial, de dimensiones bien distintas a las actuales y en muchas partes inhabitable? ¿Cómo, por ejemplo, podrían haber lenguas en Escandinavia u otras muchas inhabitadas e inhabitables zonas septentrionales de Europa? El tan importante condicionante ecolimático, el cual es convincentemente tratado por Alinei y relacionado con la expansión de los diversos subgrupos (bálticos, célticos, germánicos) y grupos (indoeuropeos y urálicos), parece pasar desapercibido para Adiego, quien *de facto* evalúa desde los viejos parámetros antediluvianos al negar la existencia de milenios de habla humana previa a la época calcolítica. Por lo visto, con aquella «data màgica del 5.000 a.C.» estos indoeuropeístas *pluscuanseculares* pretenden seguir hurtándonos miles y miles de años de prohistoria de lengua de la humanidad declarándolos un «horitzó inviolable» por mor de su propia y sesquicentenaria tradición. Considerando más interesantes aquellos miles de milenios de habla humana que su tradición de treinta lustros, es una declaración que personalmente no estoy dispuesto a acatar.

REFERENCIAS

- ABONDOLO, D. (1990): «Hungarian», B. Comrie (ed.), *The Major Languages of Eastern Europe*. Londres, p. 185–200.
- ADIEGO, I.-X. (2002): «Indoeuropeïtzació al paleolític? Algunes reflexions sobre la «Teoria della continuità» de Mario Alinei». *Estudis Romànics*. Vol. 24, p. 7–29.
- ALEMANY Y BOLUFER, J. (1925): *La lengua aria, sus dialectos y países en que se hablan. El Polo Norte, patria del pueblo ario y del género humano*. Calpe.
- ALFARO GINER, C. (1984): *Tejido y Cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la prehistoria hasta la romanización*, Madrid.
- ALINEI, M. (1986): *Origini delle lingue d'Europa I. La Teoria della Continuità*. Bolonia.
- (2000a): *Origini delle lingue d'Europa II. Continuità dal Mesolítico all'età del Ferro nelle principali aree etnolinguistiche*. Bolonia.
- (2000b): «An Alternative Model for the Origins of European Peoples and Languages: The Continuity Theory». *Quaderni di Semantica*. Vol. 21, p. 21–50.
- (2001a): «2001: inizio ufficiale di una nuova Glottologia? In margine alla pubblicazione del programma OMLL, nuovo ambito di ricerca del CNR e della European Science Foundation (ESF)». *Quaderni di Semantica*. Vol. 22, p. 59–66.
- (2001b): «Conseguenze delle nuove teorie indoeuropeistiche sulla dialettologia romanza». *Estudis Romànics*. Vol. 22, p. 7–47.
- BICKERTON, D. (1994): *Lenguaje y especies*. Trad. M.A. Valladares. Madrid.
- (1996): *Language and human behavior*. Londres.
- BLENCH, R./ SPRIGGS, M. (1999): «Introducing the papers». R. Blench / M. Spriggs (edd.), *Archaeology and Language III. Artefacts, languages and texts*. Londres; N. York, p. 21–8.
- BLUST, R. (1999): «Linguistics versus archaeology». R. Blench / M. Spriggs (edd.), *Archaeology and Language III. Artefacts, languages and texts*. Londres; N. York, p. 127–43.
- BOMHARD, A. (1984): *Towards Proto-Nostratic: a new approach to the comparison of Proto-Indo-European and Proto-Afroasiatic*. Amsterdam; Filadelfia.
- BUCK, C. D. (1988 [1949]): *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*. Chicago; Londres.
- CARO BAROJA, J. (1981): *Los pueblos de España I*. Madrid.

- CAVAZZA, F. (2001): *Lezioni di indoeuropeistica con particolare riguardo alle lingue classiche (sanskrito, greco, latino, gotico) I*. Pisa.
- ELIADE, M. (1978 [1956]): *The Forge and the Crucible: the origins and structures of alchemy*. Trad. S. Corrin. Chicago.
- FORDE, C. D. (1995² [1934]): *Introducción a la Etnología*. Trad. M^a. C. Huera. Barcelona.
- HAMP, E. P. (1990): «The Indo–European Horse». T. L. Markey / J. A. C. Grepin (press.), *When Worlds Collide: The Indo–Europeans and the Pre–Indo–Europeans*. Ann Arbor, p. 211–26.
- (1998): «Some Draft Principles for Classification». J. C. Salmons / B. D. Joseph (edd.), *Nostratic. Sifting the Evidence*. Amsterdam; Filadelfia, p. 13–5.
- (2001): Apéndice a F. Villar, «Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Península Ibérica». F. Villar / M. P. Fernández (edd.), *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania*. Salamanca, p. 282.
- HARRIS, M. (1998⁶): *Introducción a la antropología general*. Trad. J. O. Sánchez et al., Madrid.
- HERNANDO, A. (1999): *Los primeros agricultores de la Península Ibérica. Una historiografía crítica del Neolítico*. Madrid.
- JABLONSKI, N. G. / AIELLO, L. C. (edd.) (1998): *The Origin and Diversification of Language*. San Francisco.
- KRELL, K.S. (1998): «Gimbutas' Kurgan–PIE homeland hypothesis: a linguistic critique». R. Blench / M. Spriggs (edd.), *Archaeology and Language II. Correlating archaeological and linguistics hypotheses*. Londres; N. York, p. 267–82.
- LIEBERMAN, PH. (1991): *Uniquely Human: The Evolution of Speech, Thought, and Selfless Behavior*. Cambridge.
- (1998): *Eve Spoke. Human Language and Human Evolution*. Londres.
- MORENO CABRERA, J. C. (1998): «On the relationships between grammaticalization and lexicalization». A. Giacalone Ramat / P. J. Hopper (edd.), *The Limits of Grammatization*. Amsterdam; Philadelphia, p. 211–27.
- RENFREW, C. (1998): «The Origins of World Linguistic Diversity: An Archaeological Perspective». N. G. Jablonski / L. C. Aiello (edd.), *The Origin and Diversification of Language*. San Francisco, p. 171–92.
- RENFREW C. / NETTLE D. (edd.) (1999): *Nostratic: Examining a Linguistic Macrofamily*. Cambridge.
- RONDAL, J. A. (2000): *Le langage: de l'animal aux origines du langage humain*. Sprimont.
- SALMONS J. C. / JOSEPH B. D. (edd.) (1998), *Nostratic. Sifting the Evidence*. Amsterdam; Philadelphia.
- TOVAR, A. (1997): *Estudios de Tipología Lingüística*. Madrid.
- VILLAR, F. (2000): *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*. Salamanca.
- (2001): «Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Península Ibérica». F. Villar / M. P. Fernández (edd.), *Religión, Lengua y Cultura Prerromanas de Hispania*. Salamanca, p. 257–83.
- WEYER JR., E. (1972): *Pueblos Primitivos de Hoy*. Trad. R. Huguet. Barcelona.
- ZIMMER, S. (1990): «The Investigation of Proto–Indo–European History: Methods, Problems, Limitations». T. L. Markey / J. A. C. Grepin (press.), *When Worlds Collide: The Indo–European and the Pre–Indo–Europeans*. Ann Arbor, p. 311–44.

RESUMEN

El presente trabajo consiste en una réplica al presentado por X.–I. Adiego en esta misma revista (*ER* 24, 2002, 7–29) y donde, desde los postulados más tradicionalistas, se reafirma la hipótesis clásica de que la fase de comunidad lingüística indoeuropea no habría podido verificarse hasta época muy reciente, hacia el quinto milenio aC., ya bien dentro, pues, del período neolítico. Aquí se exponen las objeciones fundamentales a tal suposición reafirmandose, con adicionales argumentos, la propuesta de que el indoeuropeo, como tantos otros grandes grupos lingüísticos, sería de época paleolítica.

PALABRAS CLAVE: lingüística, arqueología, indoeuropeo, paleolítico, fonología